



08/11/2000 ACTOS CONMEMORATIVOS DEL SESQUICENTENARIO DE LA INGENIERÍA INDUSTRIAL

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE LOS ACTOS

Madrid, 08-11-2000

Señor Rector, señor Presidente de la Asociación, señor Director de la Escuela, señores ponentes, señoras y señores, queridas amigas y amigos todos,

Para mí es una gran satisfacción estar en esta Escuela y estar en este Sesquicentenario de los ingenieros industriales. Es la primera vez que entro en esta Escuela y, por lo tanto, no he gozado de su sufrimiento, que han tenido muchos otros; pero estoy muy satisfecho de estar aquí por primera vez.

Muchos de ustedes conocerán aquella anécdota o aquella historia de los debates constitucionales en la República. En las Cortes de la República se discutía uno de los artículos importantes relativo a las cuestiones familiares y, desde la tribuna, un diputado de entonces hablaba de los sufrimientos que con la aprobación de ese artículo se iban a producir en la familia española y en los hijos, y se preguntaba en voz alta en la tribuna del Congreso: "si este artículo se aprueba, ¿qué haremos con nuestros hijos?". Y un ministro chungón, desde el banco azul, le dijo: "al tuyo, de momento, le hemos hecho Subsecretario".

Como yo he escuchado que en esta Escuela se sufre mucho, me ha venido a la memoria esa anécdota, esa historia, porque también de ese sufrimiento esta Escuela ha producido Subsecretarios, y más que Subsecretarios, mucho más que Subsecretarios. Sin duda, es una demostración enormemente positiva de la salud, del bienestar, de que a ustedes les veo bien, que les veo con buena salud y creo que les ha ido razonablemente bien a lo largo de la historia de esta Escuela y de sus trayectorias.

Es verdad, como se ha dicho desde esta tribuna, que es muy difícil exagerar la importancia de la educación y de la formación a todos los niveles y lo que significa la extensión del saber. Todos los ponentes han dicho cosas muy interesantes sobre la necesidad del contenido humanístico de cualquier enseñanza, incluso de las más especializadas; por cierto, debate que abrimos nuevamente en nuestro país y que espero que, con la ayuda de todos, concluyamos venturosamente para la enseñanza en España.

Yo quiero decir que, sin duda, este acto y esta Institución que hoy nos acoge son un buen momento para resaltar la importancia de la formación de los ingenieros con sólidos conocimientos científicos y técnicos, no exentos de humanismo, capaces de

aplicarlos a la industria de un modo práctico en cualquiera de sus sectores y en cualquiera de sus manifestaciones. Algo que las distintas Escuelas, y ésta es la demostración del éxito de esta Escuela y de esta carrera, vienen demostrando desde su creación hace 150 años.

Esa enseñanza ha beneficiado a toda la sociedad. El desempeño de sus tareas profesionales con competencia, con profesionalidad, ya tiene una tradición arraigada, afortunadamente, en nuestro país. Por lo tanto, a todos debemos nuestro reconocimiento. Yo lo hago claramente en nombre propio y en nombre del Gobierno, y espero y deseo que los futuros Ingenieros Industriales sigan prestando a la industria de nuestro país y al progreso de nuestro país los buenos, los excelentes, servicios que los Ingenieros Industriales han prestado a lo largo de su historia hasta ahora.

Toda conmemoración tiene un punto de reflexión sobre el pasado y también toda conmemoración es útil para establecer nuevos objetivos de cara al futuro.

Saben ustedes que, aunque la historiografía actual se resiste a considerar que nuestra historia sea, en modo alguno, una excepción a las tendencias generales en Europa, lo cual yo creo que es un buen acierto de nuestra historiografía actual no considerar a España históricamente una excepción ni un cuerpo extraño o anormal en el transcurso de las ideas políticas o sociales y económicas europeas, es verdad y es lo cierto que nuestro desarrollo industrial dejó escapar el tren de la primera Revolución Industrial en el siglo XVIII. En nuestro país la industria tuvo un desarrollo más tardío y difícil, y no comenzó a percibirse cierto desarrollo industrial precisamente hasta la segunda mitad del pasado siglo.

En mi opinión, fueron varios los lastres que nos impidieron desarrollarnos de una manera rápida y pronta como otras naciones europeas. Y de esos lastres es probable que, por una parte, el proteccionismo industrial y, por otra, el intervencionismo económico fueran los que en mayor medida impidieron sentar las bases de un desarrollo y de una prosperidad económica en España; proteccionismo industrial e intervencionismo económico.

Por obra del proteccionismo, hay que decir que arrastramos durante demasiadas décadas industrias obsoletas e ineficientes, poco acostumbradas a competir, volcadas en un mercado interior muy protegido, al tiempo que predominaba la especialización en sectores de contenido tecnológico extraordinariamente reducido.

Con mayor o menor acierto, se pusieron los mimbres del desarrollo de la industria básica y en sectores estratégicos y se desarrolló cierta capacidad manufacturera; pero, sin duda, faltaba el mayor protagonismo de sectores capaces de proporcionar un mayor valor añadido y un mayor dinamismo a nuestra economía. Faltaba, sobre todo, espíritu innovador, cercenado, limitado, imposibilitado, por un modelo proteccionista que caló claramente en nuestros dirigentes industriales y políticos desde el siglo XIX.

Pasados los años, afortunadamente hemos alcanzado una situación muy diferente, fruto de un largo proceso de modernización y prosperidad de nuestro país. Este proceso fue titubeante y estuvo enfrentado a profundas y fuertes resistencias durante los años 60, se vio paralizado durante una buena parte de la crisis de los años 70 y se vio finalmente y

necesariamente acelerado desde mediados de los 80, ante la perspectiva de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea.

La ineludible apertura económica hacía necesario también un ineludible cambio de mentalidad de las empresas en todos y cada uno de los sectores de la economía española. Fue necesario, por lo tanto, adaptarse a la mayor presencia de productos y de competidores extranjeros; fue necesario aprender los sistemas de los demás; fue necesario aprender las estrategias de producción y de gestión; fue necesaria la revolución tecnológica que mejorase la eficiencia y competitividad de nuestras industrias, de nuestras empresas, de nuestra economía en general. Todos esos esfuerzos han producido unos resultados que yo quiero calificar, sin duda, de satisfactorios.

Tenemos hoy una economía dinámica, que compite en pie de igualdad y sin complejos con las economías de nuestro entorno, y no sólo eso, sino que la capacidad tecnológica y la buena gestión de nuestras empresas les han llevado a exportar cada vez más; a invertir cada vez más en el exterior; a convertir a España en un país que es exportador neto de capitales; a conquistar mercados con decisión; a hacer, evidentemente, que nuestra economía y nuestro país, en consecuencia, hayan prosperado y hayan progresado.

Es un hecho absolutamente cierto también, en mi opinión, que el entorno macroeconómico ha sido un factor que ha jugado a nuestro favor en los últimos años. La entrada de España en el euro ha sentado las bases de un crecimiento basado en la estabilidad de precios, en la estabilidad presupuestaria y en la liberalización de los mercados, y esto lo tenemos que conservar claramente de cara al futuro: la estabilidad presupuestaria, la estabilidad de precios y la liberalización de los mercados.

En las elecciones norteamericanas que hoy se están sustanciando, y que hasta hace media hora todavía no se sabía muy bien quién había ganado, el gran debate ha sido qué se hace con el superávit. El gran debate no ha sido: o vamos al superávit o retornamos a los tiempos del déficit o del endeudamiento; el debate es qué hacemos con el superávit. Ése es el debate de un país sano.

Y el debate económico que tiene que haber en la España de los años inmediatos, a partir del año 2001, que será el año del superávit presupuestario, es qué hacemos con el superávit. Y sobre qué hacer con el superávit es donde se pueden establecer las decisiones más importantes de un país que vuelca sus energías para conseguir más prosperidad, más progreso y más bienestar.

Decía que las liberalizaciones, las privatizaciones y las reformas estructurales en sectores clave tienen que dar más dinamismo y más capacidad y competencia a la economía española. La eliminación del déficit, a la que me he referido y la caída de los tipos de interés facilitaron también una mayor presencia del sector privado en nuestra economía, una mayor creación de empleo y un mayor dinamismo de todo el sector inversor.

¿Cuál ha sido el resultado? El resultado ha sido una senda de muy robusto crecimiento en los últimos años y ha sido una muy fuerte reducción del paro, una fuerte creación de empleo, en los últimos años.

Ayer mismo conocimos que en el tercer trimestre de este año la economía española sigue creciendo a un ritmo del 4 por 100. Un año y medio después del nacimiento de esa nueva crisis petrolera, nuestro país y nuestra economía crecen al 4 por 100. Como yo decía ayer, tenemos que escuchar en España voces que dicen que nuestra economía ha caído a una tasa de crecimiento del 4 por 100. A lo mejor caemos a una tasa de crecimiento del 3'6 ó del 3'7 por 100; pero será una caída venturosamente afortunada, que nos va a permitir seguir creciendo más que los demás, muy vigorosamente, que demuestra una economía saneada y que nos va a permitir seguir creando y aprovechando oportunidades de trabajo y de empleo para nuestro país.

Ahora lo que quiere decir eso es que nuestra capacidad de respuesta es muy superior al pasado para salir al paso y para vencer los efectos del alza de los precios del petróleo, sin apartarnos de tener ese crecimiento sólido, sostenible y muy generador de empleo.

Pero quiero decir que, siendo todo eso cierto, nos queda mucho camino por recorrer, y uno de los cambios también de España, de los cambios de la España moderna y que tiene que ser uno de los objetivos de la España de los próximos años, es ser cada vez un país más ambicioso.

España va a vivir, en los próximos años, años cruciales, en los cuales va a definir si realmente ha decidido y tiene capacidad y voluntad para ser un país de los grandes o simplemente nos conformamos con un buen pasar entre los países intermedios. Ésos son los años cruciales de España.

Yo les quiero decir que tengo, quiero y deseo la mayor ambición para nuestro país. Sé muy bien que puedo impulsar algunas cosas desde el Gobierno; pero sé muy bien que eso debe ser una ambición compartida, si es que se quiere, de toda la sociedad española.

Tenemos que decidir si queremos consolidar los logros obtenidos, si queremos poner en marcha todas nuestras capacidades de crecimiento y de creación de riqueza, si queremos poner en marcha todas nuestras potencialidades de crecimiento y de generación de empleo. Si eso es así, no podemos en ningún momento ni relajar nuestros esfuerzos, ni disminuir nuestra capacidad de sufrimiento, ni siquiera en la Escuela de Ingenieros Industriales para los presentes y futuros ingenieros.

Yo creo, por el contrario, que en ese objetivo todos debemos asumir nuestras responsabilidades y hacer frente claramente a esos retos que nos aguardan, y uno de ellos, sé muy bien, de singular importancia, es aprovechar bien la revolución tecnológica por la cual el mundo atraviesa.

Se debaten muchas cosas ahora sobre la globalización. Yo soy partidario de la globalización, por varias razones: una, porque ser contrario a la globalización tiene una utilidad bastante limitada; dos, porque creo que la globalización puede traer más ventajas que inconvenientes; y, tres, porque es la primera vez en la historia del mundo que se va a discutir sobre cómo podemos aprovechar los efectos positivos de la globalización, no sólo para unos sino para todos. Porque no es la primera globalización económica que hay en el mundo, pero sí es la primera vez que se discute cómo la globalización puede favorecer a todos.

Yo creo que la aplicación de la revolución tecnológica, de las Sociedades y de las tecnologías de la Información, que sin duda trae problemas, que sin duda trae dificultades, a su vez abre unas oportunidades y unas posibilidades extraordinarias para muchos países. Y nosotros debemos convertir esa transición a esa nueva economía en unas posibilidades más importantes para nuestro país.

Por eso para nosotros y para mí la inversión en Investigación, Desarrollo tecnológico e Innovación constituye una prioridad nacional. En la anterior legislatura creé, en la Presidencia del Gobierno, la Oficina de Ciencia y Tecnología; en esta legislatura hemos creado el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Pero lo que yo deseo es mejorar cada vez más la estructura organizativa de la Ciencia y Tecnología en España, seguir ampliando las posibilidades de la Investigación y el Desarrollo y cambiar las tornas, de tal manera que sea la empresa española la que tenga la mayor responsabilidad, la mayor decisión, la mayor capacidad, en la Investigación, el Desarrollo y la Innovación en España, y la tarea del Gobierno sea crear los marcos favorables para ello. Eso significa también crear unas posibilidades y unos cambios de mentalidad muy importantes en la empresa española.

Porque hay que reconocer, desde el punto de vista empresarial, que cada vez que la empresa española tenía menos beneficios de los que tiene --no voy a decir ya en el caso de que tuviese alguna pérdida--, lo primero que hacía era, en gran medida, recortar sus recursos dedicados a la Investigación y al Desarrollo. Y la empresa española no puede seguir haciendo eso, ni puede seguir fiando sólo en el impulso público --imprescindible pero limitado, por razón de las circunstancias-- las posibilidades del desarrollo tecnológico en nuestro país.

Mi deseo es que al final de esta legislatura, que será en el año 2004 --y saben que en eso no me suelo equivocar--, estemos en un 2 por 100 de gasto de nuestro Producto Interior Bruto en Investigación, Desarrollo e Innovación; al terminar esta legislatura. Pero, como digo, nuestro objetivo no solamente tiene que ser eso, sino que tiene que ser aumentar el peso empresarial en el gasto científico nacional.

Hoy podemos, afortunadamente, ver, como decía antes, empresas con mentalidades distintas y podemos ver que en la sociedad española se ha abierto una nueva mentalidad también en relación con la empresa. Lo tenemos que aprovechar con toda determinación y decisión.

Quiero decir que otro reto no menos importante es la internacionalización de la empresa española. Nosotros tenemos que competir globalmente si también queremos crear riqueza y empleo en nuestro país. Ya no podemos hablar de mercados nacionales y mercados exteriores; tenemos que concebir globalmente la economía. Eso nos lleva a otros debates --y aquí veo algunas caras sobre ese tema--, que es el debate de que las primeras obligaciones del Gobierno son garantizar la competencia, la libre competencia; garantizar el interés del consumidor por encima de cualquier circunstancia y, al mismo tiempo, procurar que, dentro del marco de la competencia, haya empresas españolas que puedan competir, con un tamaño adecuado y una eficiencia adecuada, dentro de lo que son el marco internacional y los mercados globales.

Ése es uno de los debates que tenemos en nuestro país venturosamente porque, si no tuviésemos esa capacidad, tendríamos otros debates que nada tienen que ver con la realidad de la economía del mundo en este momento.

Yo espero y deseo que esa vocación internacional nos haga mantenernos aún más competitivos y más dinámicos, y hacer que esa vocación internacional sea compartida, no solamente por unos cuantos, no solamente por los grandes, sino que sea una ambición de grandes y pequeños en la buena marcha de la economía española para el futuro.

Para todo ello quiero decirles que necesitamos buenos profesionales, con buena formación; que disfruten y a los que les guste su trabajo; que sepan trabajar tanto dentro como fuera de nuestras fronteras; que no limiten sus aspiraciones a solamente el campo de la actividad en que estén; que estén abiertos a entender la realidad del mundo y que sepan emprender, innovar y adaptarse al entorno cambiante; es decir, que sepan responder a los retos del mundo actual y a las ambiciones de la sociedad española en el presente.

Yo sé muy bien que en estas decisiones en el desarrollo tecnológico en los próximos años hay algunos que hayan pensado que el hecho de que ningún Ministerio lleve ahora el título de "Industria" significa que la industria ya no forma parte de las prioridades de nuestro país. Yo creo que todos se equivocan plenamente y creo, si alguien tenía alguna duda, haberles llevado a otra reflexión con estas palabras. Al contrario, todo lo que es la expansión industrial y del mundo de la empresa en todas sus vertientes es, como he dicho, uno de los grandes retos y de las grandes ambiciones de un país moderno y con futuro.

Yo quiero decir que cuantos esfuerzos pongamos en esa dirección, cuantos esfuerzos pongamos en mejorar nuestra capacidad tecnológica, en nuestra capacidad científica; cuanto mayor esfuerzo pongamos en nuestras reformas educativas, en adaptarnos mejor al exterior, en aprovechar nuestras oportunidades, sin duda, será en beneficio de un país hoy pujante, pero que mañana tiene que tener nuevas metas y más ambicioso.

Yo estoy seguro de que la Escuela de Ingenieros Industriales seguirá contribuyendo a que en nuestro país haya buenos profesionales dedicados a la industria y que sepan entender globalmente cuáles son los retos que tenemos que resolver en el futuro inmediato. Espero que en esa reflexión antiguos alumnos de esta Escuela de Ingenieros Industriales, su asociación, la Universidad, los profesionales, los alumnos, sepan hablar de ello, sepan ilusionarse con ello y sepan también contribuir a la buena marcha de nuestro país; pero, sobre todo, a que esos objetivos ambiciosos, posibles, profesionales, que debemos, podemos y tenemos que conquistar, entre todos los hagamos posibles.

Enhorabuena por su aniversario y muchas gracias.